

ELLA

Los papeles y expedientes se amontonaron en el cesto nuevamente como cada uno de sus tediosos días, uno de los tantos, iguales y aburridos días.

Las paredes de un color blanco tan desteñido apenas se iluminaban con la tenue luz de una pequeña ventana, desde la cual se podía observar el caos miserable de la gran ciudad. La soledad llenaba cada espacio del recinto, muchas personas y ninguna conexión. La libertad sólo en el pensamiento y la esclavitud en las obligaciones, amplias, diversas y caóticas.

Sus pasos cadenciosos en el pasillo comenzaron a escucharse y la puerta se abrió. Entró como siempre, altiva y sugerente, su vestido corto y ceñido al cuerpo de un intenso amarillo traslucía sus curvas, suaves y a la vez intensas.

Como siempre sus ojos oscuros lo miraron todo, menos a él, insignificante y pequeño.

Sus manos lo tocaron todo sin desparpajo alguno, sin límites; su sonrisa amplia y maravillosa se posó en su cara, el vestido cayó al piso, el cabello se desparramó sobre sus hombros, y él la observó y descubrió como cada mañana.

En ese instante único nada más importaba, ni el rabioso desorden sobre el escritorio podía interrumpir tanto placer.

Los demás inmersos en sus mundos no se percataban de tan delicioso momento, sólo de ellos.

La voz chillona como siempre invadió el espacio y una vez más el enojo apareció.

Ella se cubrió apresuradamente, se tomó el cabello, arregló los pliegues de su arrugado vestido, sonrió, lo miró y se marchó caminando por el pasillo. Él sintió que una vez más su miserable y aburrida vida, sólo por un breve tiempo había cambiado.